

LA RELACIÓN INTERPERSONAL EN LA CATEQUESIS PENSAMIENTO CATEQUÉTICO SUBYACENTE

VICENTE M^a PEDROSA
Responsable Diocesano de Comunidades
Bilbao

Al participar en la reflexión sobre la *relación* interpersonal en la catequesis, tanto en la escucha y coloquio de la ponencia, como en los "talleres" y en la puesta en común de los mismos, han ido viniendo a mi memoria *principios teológicos y realidades experienciales* relacionadas con la naturaleza y tarea de la catequesis.

Quisiera que estos elementos catequéticos evocados quedaran sintetizados en los párrafos que siguen, como pensamiento teológico-pastoral subyacente a nuestra reflexión, y que podrían resumirse en conceptos como comunicación y encuentro, mediación y testimonio, acción misionera y fe-conversión, pedagogía de Dios.

I. CATEQUESIS, COMUNICACIÓN Y ENCUENTRO

1. *Catequesis y comunicación humana*

La catequesis, como proceso para la iniciación cristiana —esto es, para la primera maduración y fundamentación de la fe—, está jalonada por una serie de *actos de comunicación* entre el catequista y los miembros del grupo, así como entre los miembros del grupo entre sí y entre ellos y su catequista. Por eso, al abordar la formación de catequistas, se afirma que "para el buen desarrollo del proceso catequético es importante tener en cuenta los principios y leyes de la comunicación" (CF 120, 6°).

Efectivamente, la catequesis es una *experiencia de comunicación*. Pero ¿comunicación de qué? Como toda acción del ministerio de la Palabra

—del que la catequesis es una forma cualificada—, "la catequesis es, esencialmente, un *acto de tradición viva* de la Iglesia, que, por medio de la iniciación en su *doctrina, vida y culto* (DV 8), transmite al catecúmeno *todo lo que ella cree, todo lo que ella es*" (CC 135).

Según DV 8, la tradición eclesial se realiza mediante palabras, "pero va más allá y en mayor profundidad que estas palabras" (DCG 13), porque la tradición, como la revelación, "se realiza por *obras y palabras* intrínsecamente unidas" (DV 2). Jesús comunicó toda la densidad de la revelación del Padre y de su proyecto salvador no sólo con la predicación, sino también con sus obras y sus actitudes, reflejadas en un estilo de vida específico y, particularmente, en su muerte y resurrección; esto es, con todo su *ser y su quehacer* en medio del pueblo de Israel.

En coherencia, también la Iglesia, sobre todo en el ámbito de la acción catequética, comunica la herencia viva de su Esposo y de sus Apóstoles, es decir, *lo que ella es y lo que cree*, no sólo con su enseñanza, sino también con sus expresiones culturales y con la totalidad de su vida (cf. DV 8). Las *obras* manifiestan las realidades fundantes de la vida de fe, y las *palabras* proclaman las obras y exponen el sentido profundo —misterioso y salvífico— de las mismas (cf. DV 2).

Más aún, desde los primeros tiempos, la catequesis inició a los creyentes para incorporarlos al dinamismo vital de la Tradición de la Iglesia. No se trata, por tanto, solamente de que adquieran un conocimiento de las *expresiones históricas objetivas* de esa Tradición (bellos cantos litúrgicos, pensamiento de los Santos Padres, testimonios de los santos, poesía y pintura religiosa, fórmulas doctrinales selectas...), sino de que "se introduzcan y participen en la corriente viva de la existencia cristiana que, desde la época apostólica hasta nuestros días, ha profundizado y actualizado, cada vez más, el Evangelio de Jesús" (CC 136) bajo el ejercicio del magisterio de los pastores como garantes cualificados —auténticos— de la tradición viva.

2. *Catequesis y encuentro*

Por el renovado concepto de revelación cristiana sabemos que el origen fontal de la tradición eclesial está en Dios, quien "con su bondad y sabiduría (quiso) revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cf. Ef 1,9): Por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de su naturaleza

divina (cf. Ef 2,18; 2 Pe 1,4). En esta revelación, Dios invisible (cf. Col 1,15), movido por amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11), trata con ellos (cf. Bar 3,38) para invitarlos y recibirlos en su compañía" (DV 2).

Según esto, Dios mismo *se pone en comunicación* con los hombres, es decir, en una relación interpersonal tan profunda que no sólo les entrega "sus cosas", las de su creación, sino que se da a sí mismo en persona, se manifiesta a ellos en su condición de Salvador, poniéndose en *comuni6n vital* con ellos. Esta autocomunicaci6n de Dios a los hombres, que llega a convertirse en comuni6n de vida con ellos, se puede llamar con toda precisi6n *encuentro*¹.

En efecto, el *encuentro* es un acontecimiento humano, tan raro como feliz, que sucede en la relaci6n entre las personas. Las personas nos cruzamos con frecuencia unas con otras, pero en contadas ocasiones "nos encontramos". En el encuentro, las personas nos sentimos interiormente afectadas y entablamos una relaci6n positiva y constructiva. El encuentro es la *actualizaci6n* de aquella raiz de toda existencia humana que, para ser humana, comporta la presencia de otros co-sujetos, el ser-con-otros. Todo ser humano es radicalmente una *existencia compartida*, que se actualiza en el encuentro con otros.

En el encuentro de dos personas, cada una *sale de s6 misma* en direcci6n a la otra como respuesta a la llamada que a cada una proyecta la presencia de la otra. Esta *reciprocidad activa* no es fundamentalmente colaboraci6n en una tarea com6n, sino construcci6n mutua de su ser-con-la-otra-persona, pues en el encuentro "nosotros nos *hacemos ser* uno al otro" (R. C. Kwart). Por fin, el encuentro comporta adem6s una relaci6n de *intimidad* con la otra persona en cuanto tal, aunque frecuentemente lleguemos a ella por medio de sus cualidades, de su funci6n o de su trabajo.

Las formas humanas m6s elevadas de encuentro son el *di6logo* y el *amor*. El *di6logo* entre personas es, en sus formas m6s elevadas, un f6n6meno de comuni6n, de participaci6n activa en una verdad existencial que va alumbr6ndose en su encuentro. Y el *amor* es la forma m6s limpia, en la que cada sujeto no busca ni la posesi6n ni la fusi6n, sino la entrega,

¹ Cf. J. Mart6n Velasco, *El encuentro con Dios. Una interpretaci6n personalista de la religi6n* (Madrid, Cristiandad, 1976) 19-71.

la oblación que permite y suscita la recíproca oblación del otro. Este amor de benevolencia o de comunión es tan escasamente vivido entre los humanos que, cuando acontece, se contempla como una participación de las personas en una generosidad que viene de más allá de ellas mismas y que por eso se desborda en oblación. ¡Dios está al fondo!

3. *Catequesis y encuentro a la luz de la pedagogía de Dios*

Esta categoría antropológica del *encuentro*, cada vez más perfilada por las ciencias humanas y las filosofías personalistas, ha sido muy fecunda en el pensamiento bíblico y teológico². Tanto el movimiento bíblico como el teológico han redescubierto la *concepción dialogal y amorosa* de la revelación y la fe: llamada y respuesta, que describe el Vaticano II (DV 2-10) tal como lo hemos recordado: "En esta revelación (por Cristo), Dios invisible, movido por amor, habla a los hombres como amigos y trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía" (DV 2). Es decir, por la revelación, Dios *sale al encuentro* de los hombres, los hace sus confidentes y les manifiesta su proyecto de transformarlos en miembros de su familia, de su Reino de hijos y hermanos.

Pero lo importante de este obrar divino —"salir al encuentro" para autodonarse— es que no sólo es el punto de arranque, sino que se ha hecho una "costumbre divina", una *ley de la pedagogía de Dios* a medida que su proyecto de salvación y comunión se ha ido realizando en la historia humana, que se convertía así en historia de la salvación. Dios, para *manifestarse a sí mismo y el proyecto de su salvación comunitaria, siempre sale a nuestro encuentro*.

Esto quiere decir que *sin encuentro no hay autocomunicación de Dios ni de su propósito salvífico*³. 1) Abrahán, Moisés, los Jueces, David, los Profetas, Esdras y Nehemías, los Sabios... escucharon la llamada de Yahvé y se encontraron con él. 2) El *encuentro culminante* de Dios con la humanidad se da en *Cristo Jesús*, "al hacerse el Hijo uno de nosotros". Y el Hijo encarnado continúa revelando las realidades del Reino *saliendo al*

² Un anticipo feliz de esta fecundidad fue la exposición que O. Semmelroth hizo de las realidades centrales de la teología en esta clave con su libro *Dios y el hombre al encuentro* (Madrid, Fax, 1959).

³ Cf. J. Martín Velasco, *o. c.*, 51-59. Para comprender cómo se realiza el encuentro de Dios con el hombre, estando ambos en "dimensiones distintas", cf. *ibíd.*, 60-67.

encuentro de sus apóstoles, de María su madre, de Nicodemo, de la samaritana, del ciego de nacimiento, de la mujer adúltera, de sus amigos de Betania, de los discípulos de Emaús, de Saulo de Tarso... 3) *Y en el tiempo de la Iglesia*, ésta, persuadida de que es "sacramento de Cristo para el mundo" – "yo estaré con vosotros, todos los días, hasta el final de los tiempos" (Mt 28,20)–, procura ejercer, en fidelidad a Dios y a los hombres, los ministerios de la *palabra*, del *culto* y del *testimonio* desde unas *comunidades vivas por la caridad fraterna*. Mediante estas realidades, el Resucitado *sale al encuentro* de las personas que buscan⁴.

4. *Relaciones interpersonales en la catequesis*

Después de todo lo dicho y recordando que la catequesis es hoy el *ámbito privilegiado* para comunicar la Buena Noticia del Reino de Dios, no extrañará que hayamos deseado detectar en nuestra reflexión las *condiciones* que hacen de la catequesis una *auténtica experiencia de comunicación o de encuentro con el Señor*.

La primera pregunta de la ponencia, de entrada, fue certera, pero inesperada: "La catequesis es un acto o una experiencia de comunicación... Y nuestra catequesis, ¿es así? La experiencia catequética se realiza en la medida en que hay comunicación". Dicho de otra manera, la catequesis consigue la transmisión vivencial y diáfana de la Buena Noticia del mensaje cristiano en la medida en que el catequista propicia el *encuentro mutuo* entre el Señor y los participantes del grupo. ¿Qué *comunicación o encuentro* ha de promover el catequista con el grupo para favorecer el *encuentro mutuo* entre el Señor y los miembros del mismo?

Además de *anunciar* la Palabra de Dios, de *interpretarla* "según el Espíritu que habita en la Iglesia asistiendo a los ministerios apostólicos y actuando en los fieles" (cf. MPD 77,9), y además de *iluminar* desde ella la vida de los participantes, el catequista ha de ser consciente de que *su propia relación comunica algo*; toda conducta comporta un "mensaje" en sintonía o en contradicción con la Palabra anunciada.

Las palabras, los silencios, los gestos, los tonos de voz, el rostro... del catequista emiten "mensajes" inconscientes que pueden reforzar o impedir

⁴ Cf. A. González Dorado, "La comunidad de Jesús: una alternativa testimonial en la historia", en *La Buena Noticia hoy. Hacia una evangelización nueva* (Madrid, PPC, 1995) 152-158.

la escucha de la Palabra que el Señor está transmitiendo *por su boca*. Cuando estos "mensajes no verbales", aun no pretendidos, resultan incoherentes con el evangelio transmitido oralmente, pueden interferir la comunicación y neutralizar el encuentro gozoso con el Señor presente en su Palabra.

Las ciencias de la comunicación afirman que transmitimos no sólo contenidos conceptuales y verbales, sino también pautas relacionales que comportan "mensajes subterráneos". Más aún, en el receptor se enraíza más el hecho relacional y sus "mensajes" que el contenido o mensaje expresado verbalmente. Hay una información conceptual, pero también un tono de voz, un talante convincente o neutral, etc. Si la información verbal no la reforzamos con un toque de calidad afectiva y coherencia práctica, difícilmente pasará.

El catequista ha de asumir que *la acogida de lo que diga* dependerá mucho *de cómo lo diga*. La asimilación de cualquier *mensaje* —también del mensaje cristiano— depende de los *metamensajes* que lo envuelvan, es decir, de los otros mensajes que emanan de la persona del catequista por otras expresiones distintas de la palabra. Jesús, en lo referente a la comunicación humana, era un gran comunicador, porque a su palabra o mensaje salvador —a su "melodía"— añadía un *acompañamiento* de parábolas, alegorías, comparaciones tomadas de la vida, así como de gestos de acogida, palabras de aliento, gestos de valentía, actitudes de comprensión y de perdón, signos de profunda unión con su Padre...

Todos estos elementos hacían de él el "sacramento" del Padre, de su Palabra, de su Reino... Encontrarse con él era descubrir al Yahvé paternal y tierno, su voluntad amorosa, su Reino de fraternidad... que *seducía* a las gentes que lo escuchaban con "corazón de pobre". Los catequistas tendremos que aprender a vivir y actuar dentro de ese "misterio" de la comunicación si queremos ser fieles a Dios, "que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,4).

II. CATEQUESIS, MEDIACIÓN Y TESTIMONIO

1. *La mediación en el encuentro humano*

Hemos dicho que "el encuentro es un acontecimiento tan raro como feliz que sucede en la relación entre las personas" (J. Martín Velasco). La

raíz de esta "infrecuencia" está en la misma condición de la persona: toda persona es un *misterio* para los demás e incluso para sí misma; misterio en el sentido de que encierra realidades que nadie conoce y que la persona va manifestando libremente en la medida en que confía en el "clima" de personas que la rodean y con las que decide abrirse y *encontrarse* progresivamente.

Para realizar y vivir ese *encuentro interpersonal*, la persona necesita unos medios –unas *mediaciones*– que expresan su confianza y realizan su entrega confidencial. Esas *mediaciones* son las *palabras* en los más variados registros y tonos de voz, así como los casi innumerables *gestos corporales*. En ese ritual de mediaciones juegan mucho los silencios, ciertas acciones, resistencias y pasividades. Incluso muchas de estas mediaciones, especialmente las corporales, tienen mucho de alusiones, sugerencias, expresiones simbólicas... que hacen presente en el encuentro las confidencias⁵.

2. *Catequesis y mediación a la luz de la pedagogía de Dios*

"A Dios nadie le ha visto jamás; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien le ha explicado" (Jn 1,18). "Dios (es el) único que posee la inmortalidad, que habita en una luz inaccesible, a quien nadie ha visto ni puede ver" (1 Tim 6,16).

Efectivamente, Dios, como Misterio y término del encuentro religioso, no es una realidad de este mundo; pero su trascendencia –la santidad, en la concepción bíblica de Dios– no le impide su presencia en el cosmos, cantada en clave de grandeza y belleza en los Salmos, los Profetas y el libro de Job⁶. Pero, la presencia divina se hace especialmente visible en el *hombre bíblico* al reconocerse éste polvo, basura y abismo de miseria y al descubrir que Yahvé hace surgir en él el vértigo y la más absoluta confianza en una realización de sí, ahora posible como *salvación* y como *gracia*. El creyente vive su *encuentro* con Dios por la experiencia de una presencia invisible vivida en el agradecimiento y la confianza: "No temas, yo estaré contigo" (Gn 15,1; Ex 3,12; Jos 1,5). "Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios" (cf. Ex 19,4-6; Dt 26,17-19).

⁵ J. Martín Velasco, *o. c.*, 26-27.

⁶ Cf. J. Martín Velasco, *o. c.*, 51-57.

Con Jesús y en Jesús, el *encuentro* de Dios con nosotros llega a su plenitud y a su universalización; el Dios de los Padres se ofrece a toda la humanidad al revelarse definitivamente en Jesús. Pero con la encarnación del Hijo, Dios no se hace accesible directamente a la mirada humana. "En Jesús no deja de ser el Dios oculto" (H. Gollwitzer), pero en él —en su vida, en su misión— la relación religiosa, la comunión, el *encuentro con el Oculto* adquiere tal grado de intensidad y de intimidad que en él tiene lugar la donación de Dios mismo, de su Espíritu a los hombres, en especial en su muerte, cuando se hace realidad más visible —por ser ocultamiento e impotencia— el *Dios que es Amor*. Por la resurrección quedará aún más patente *el encuentro con nosotros*: en ella culmina el "Yo, Dios de la vida, seré vuestro Dios" y el "Yo estaré con vosotros".

Precisamente por esta condición de "Dios escondido", a pesar de la cual él se hace presente en nuestra vida y en nuestras comunidades, se observa que la *pedagogía de Dios* se ha servido siempre de *mediaciones*, es decir, de *realidades visibles de este mundo que significan y realizan el encuentro* de Dios con nosotros y viceversa.

Estas *mediaciones simbólicas* empleadas por Dios en su pedagogía han sido objetos, palabras, gestos, representaciones, parábolas, alegorías, elementos artísticos, etc. Pero la *mediación más frecuente* de la *pedagogía divina* son las *personas*: "En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por su Hijo" (Heb 1,1-2).

Dios habló por los *Profetas* "en muchas ocasiones", es decir, desde siempre, y por eso en el término "Profetas" se incluyen los Padres de la fe: Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, Josué, los Jueces, los jefes creyentes de Israel, los sacerdotes y los profetas verdaderos: todos ellos fueron *mediadores*, en un grado u otro, de la Palabra del Dios vivo en la comunicación salvífica para con su pueblo. A su vez, Dios habló por los Profetas también "de muchas maneras", esto es, empleando todo tipo de expresiones de esa Palabra, que les abrasaba el corazón y la boca y que puede sustanciarse en el *doble testimonio* de la *palabra* y de las *obras*.

Pero, en *Cristo, el Señor*, llegó el *único Mediador* de todos los tiempos. Jesús de Nazaret no fue sacerdote de una casta sacerdotal de Israel, pero sí fue *el Profeta* del Padre y de su proyecto salvador e incluso la *Palabra misma de Dios encarnada en él*. Y, a partir de Cristo, todos los miembros de su Iglesia son un pueblo *profético*, sacerdotal y servidor (real), participantes de estas funciones de Cristo, cabeza de la Iglesia.

3. *El testimonio humano y cristiano como mediación en la catequesis*

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo y en el pasado de la Iglesia, la tarea del profeta resulta fecunda cuando, además de ofrecer la Palabra de Dios, la acompaña del *testimonio cualificador de su vida*, es decir, cuando él se convierte en *testigo* de lo que anuncia. Es entonces especialmente cuando la Palabra profética provoca el *encuentro de Dios* con los oyentes de la misma y llega a ellos la Buena Noticia (cf. EN 76).

En las relaciones entre personas se llega a una *verdadera comunicación* o *encuentro* mudo, en la medida en que el animador *valora* a las personas participantes y sus intercambios, es decir, en la medida en que actúa con justicia y hondad con todos, con mirada universal, con ponderación, con comprensión e imparcialidad, en sintonía con lo profundo de las personas.

Así, la persona animadora aparece *capaz de liberarnos* de lo que nos impide realizarnos. De esta persona brota un amor envolvente que nos hace sentirnos queridos, nace un trato de armonía que pone a unos en favor de los otros; de ella brotan unos juicios independientes que eliminan las preferencias o discriminaciones; nace una ecuanimidad afectiva que impide la lucha mutua de intereses, que lleva a cada uno a ponerse en la piel de los demás y le hace justipreciar las aportaciones de cada uno de ellos y el esfuerzo que esas aportaciones han supuesto. Esta persona animadora *es un testigo*, la *transparencia* de ese ideal de persona que todos anhelamos ser. Y nos identificamos —nos encontramos— con ella, porque ella se ha encontrado previamente con nosotros. Esta persona siembra la tendencia a crear comunión a partir de las diferencias de cada participante, de manera que, sin dejar de haber conflictos, ayuda a desdramatizarlos, a quitarles virulencia y a saber convivir con ellos⁷.

Este análisis del *encuentro* en un grupo humano da luces sobre la importancia de la buena comunicación —encuentro— en el grupo de catequesis. La palabra clave es el *testimonio como mediación*⁸. En primer lugar, por la buena comunicación, el catequista está logrando que las personas de su grupo mejoren su *calidad humana*, pues una persona llega a ser profundamente humana cuando asimila las pautas de la comunicación

⁷ Cf. A. Bolívar, *La evaluación de valores y actitudes* (Madrid, Alauda-Anaya, 1995).

⁸ F. Ruiz Salvador: "Mediaciones", en S. de Flores / T. Goffi / A. Guerra, *Nuevo diccionario de espiritualidad* (Madrid, Paulinas, 1983) 893-902.

y las practica, asumiendo así la responsabilidad de comunicarse. Una catequesis —que es educación integral—, ¿sería buena catequesis si no promoviera "personas"?

En segundo lugar, el intercambio comunicacional es el *camino* del encuentro, de la amistad y de la interdependencia. Es decir, el catequista que es *mediador* para una buena comunicación, está poniendo la *base antropológica* para una práctica encarnada del *mandamiento nuevo*. Pues, mientras el clima de la comunicación humana es positivo, el amor fraterno, nacido del Espíritu, tiene rostro humano y a la vez sabor evangélico que edifica. ¿Cómo puede filtrarse un auténtico amor de hermanos a través de una relación que tensiona psicológicamente a las personas?

Y, en tercer lugar, una comunicación catequética felizmente lograda, convierte al catequista en esa *mediación religiosa* que llamamos *testimonio de vida*. La comunicación catequética se realiza no sólo por la *claridad* de la Palabra, sino también por la *calidad de vida evangélica* del catequista (cf. EN 41), que así se convierte en "signo e instrumento", es decir, en "sacramento" de la *presencia amorosa del Invisible*. En una situación así es más fácil lograr en los miembros del grupo el *encuentro* con el Señor "visible" en la persona mediadora. El Dios *trascendente* se hace *cercano* —Emmanuel— en la mediación del testigo, por su pedagogía de encarnación. Cuando el profeta —el catequista— no testimonia el mensaje divino, Dios calla, "Dios enmudece para los hombres de su tiempo" (Francisco Echevarría)⁹.

III. CATEQUESIS, ACCIÓN MISIONERA, CONVERSIÓN Y COMUNICACIÓN

1. *La mediación en el encuentro*

En Pablo VI y en Juan Pablo II ha habido y hay una preocupación —podríamos decir— "obsesiva" por los bautizados situados en la lejanía de la Iglesia o de la fe.

Los no practicantes; toda una muchedumbre, hoy día muy numerosa, de bautizados que, en gran medida, no han renegado formalmente de su

⁹ Cf. A. González Dorado, "El sistema testimonial de Jesús para impulsar la conversión", en *La Buena Noticia hoy. Hacia una evangelización nueva*, o. c., 144-152.

bautismo, pero están totalmente al margen del mismo y no lo viven. El fenómeno de los no practicantes es muy vivo en la historia del cristianismo... Sin embargo, hoy día presenta aspectos nuevos... se aproximan hoy a los no creyentes y reciben constantemente el influjo de la incredulidad... (Proponen) la resistencia de la inercia, la actitud un poco hostil de alguien que se siente como de casa, que dice saberlo todo, haber probado todo y ya no cree en nada... La acción evangelizadora... debe buscar los medios y el lenguaje adecuados para proponerles la revelación de Dios y la fe en Jesucristo (EN 56. Cf 52 y 44).

A su vez, Juan Pablo II hablando de la situación religiosa deteriorada de muchos niños, preadolescentes, adolescentes y adultos, extrae esta conclusión:

Es decir, la "catequesis" debe a menudo preocuparse no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir el corazón, de convertir, de preparar una adhesión global a Jesucristo en aquellos que están aún en el umbral de la fe. Esta preocupación inspira radicalmente el tono, el lenguaje y el método de la catequesis (CT 19, final).

De aquí nació en el Papa actual la preocupación por la "nueva evangelización", para recuperar —como uno de sus objetivos importantes— a muchas de estas personas para una fe viva en comunidades de Iglesia¹⁰. Ésta es una verdadera *acción misionera* entre bautizados, que, precisamente por realizarse *entre bautizados*, suele llamarse *catequesis misionera*.

Centrándonos en nuestro continente, la *increencia europea* tiene unas características especiales: "Es una increencia *reaccional* (Cardenal Daneels), es decir, es la expresión de un rechazo a la Iglesia institucional e histórica de Europa... (Con esa expresión, el cardenal) estaba afirmando que mantendría la memoria histórica de ese doloroso pasado, sosteniendo una actitud de sospecha hacia la Iglesia" (A. González Dorado). "Que la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos..., el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y escándalo" (Juan Pablo II).

¿Cómo despertar en nuestras comunidades cristianas —se pregunta González Dorado— una *responsabilidad* y unas *actitudes misioneras*?¹¹

¹⁰ Cf. *ibíd.*, 59-220.

¹¹ *ibíd.*, 54.

2. *Catequesis y acción misionera a la luz de la pedagogía de Dios y de la Iglesia*

Todo el Antiguo Testamento es un gran proceso de descubrimiento de Dios, y Dios es el educador paciente que llama a su pueblo a *convertirse a él* y a su proyecto de comunión y felicidad *de manera continua*, sobre todo cuando se ha quedado prendido en los ídolos y le ha abandonado a él, "fuente de aguas vivas".

Los tiempos en que Israel vive seguro y feliz son tiempos de modorra e injusticia que impiden "conocer" el verdadero rostro de Dios. Pues bien, desde lo hondo del pecado y desnudez del pueblo, Dios facilita *su vuelta a él*, *saliendo a su encuentro* a través de algún mediador: Moisés, Samuel, Jeremías, David, etc. *Jesús*, a su vez, llama a las *gentes a acoger su Persona* con su propia *cercanía física*, que se transforma en *encuentro* con ellas, y ellas se convierten porque se sienten amadas incondicionalmente por él: Juan y Andrés, Nicodemo y la samaritana, la mujer adúltera y el ciego de nacimiento, Pedro y los discípulos de Emaús...

La *acción misionera* de Jesús se realiza en el *clima afectivo de un diálogo*, a solas o delante de otros. Jesús llama a *adherirse a él* con su vida antes que con su palabra, y los que no tienen miedo a las sorpresas de Dios se convierten en fervientes seguidores suyos¹²: "Venid a ver a un hombre que ha adivinado todo lo que he hecho; ¿será éste tal vez el Mesías?" (Jn 4,29).

Por lo que toca al *tiempo de la Iglesia*, desde los primeros momentos "la conversión es un elemento siempre presente en el dinamismo de la fe; por tanto, cualquier forma de catequesis debe incluir también tareas que atañen a la evangelización (misionera)" (DCG 18). Hoy no se puede dar por supuesta la conversión al Señor Jesús.

En la misma línea va el Vaticano II. Una reflexión más actual del *Decreto sobre la actividad misionera* (AG 13-14) concluye que la *acción misionera* abarca no sólo el *primer anuncio de Jesucristo* para que "creyendo se conviertan libremente al Señor y se unan a él con sinceridad" (AG 13), sino también *todas las acciones propias del catecumenado* —entre las cuales sobresale *la catequesis*—, con las cuales los participan-

¹² Cf. Secretariado de Catequesis de Galicia, "La pedagogía de Dios y de Jesús", en *Escuela de Catequistas 2: Biblia* (1994); F. Barrera, "Pedagogía de la catequesis", en *Formación de Catequistas. Carpetas* (Madrid, SM, 1990).

tes se inician (se ejercitan, se introducen) en una *primera maduración* de la vida cristiana (AG 14). Una vez que se ha desarrollado la *acción misionera completa*: primer anuncio, fe y conversión, catequesis integral y celebración de los sacramentos de la iniciación, *los cristianos ingresan en la comunidad cristiana* y empiezan su vida cristiana adulta en la fe (AG 15), su "momento" pastoral.

Según esto, toda catequesis es la culminación de la misión, es decir, consolida la fe-conversión a la persona de Jesús, el Señor. Y esta consolidación la Iglesia la realiza *en el encuentro comunitario* de los grupos de catequesis, donde la persona-catequista "no produce el *encuentro con el Dios vivo, con el Resucitado*, pero es *mediadora de ese encuentro*; no da la fe, pero por su testimonio de palabra y obra visibiliza la condescendencia divina y facilita su acogida en la fe por los participantes"¹³.

Esto quiere decir que toda catequesis —y especialmente en nuestro tiempo— habrá de tener *una fuerte carga misionera*, de llamada a fiarse cada vez más del Dios vivo, del Cristo viviente. Por eso suele llamarse *catequesis misionera*.

3. *Catequesis misionera y comunicación humana*

Acabamos de decir una palabra-clave que tiene mucho que ver con la comunicación humana y la catequesis misionera: *condescendencia*. Es una *actitud humana* que, en principio, lleva a conseguir que el grupo funcione según relaciones entre iguales o simétricas, en especial sintonía con el evangelio (Lc 8,19-21; 9,40-48; 22,24-27; Jn 13,1-17). Entonces la comunicación suele darse bien, hasta alcanzar el nivel propio del *encuentro*.

Pero, además, la condescendencia es una *actitud divina*, que llevó al Hijo de Dios —la Palabra— a *encarnarse* "haciéndose uno de tantos", "como simple hombre", "sin aferrarse a su categoría de Dios" (cf. Flp 2, 5-8). Por eso la comunicación entre Padre e Hijo encarnado funciona bien: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió a realizar su obra" (Jn 4,34); y funciona a la perfección entre el Hijo encarnado y sus hermanos de condición humana: "Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y apren-

¹³ Vicente M^a Pedrosa, *¿Cómo poner en marcha grupos de catequesis de adultos?* (Madrid, San Pío X, 1996) 36.

ded de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis paz en vosotros; pues mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt 11,28-30.)

Analizando la pedagogía divina en el Antiguo Testamento y en el Nuevo la pedagogía de la Iglesia, se puede afirmar que el *lugar misionero por excelencia* es aquel en que se practica una *buena comunicación humana* lo más próxima posible al *encuentro*.

En ese clima de interrelaciones afectivas, la *persona evangelizadora misionera* —el catequista misionero—, antes de anunciar *de palabra* a Jesús, como Salvador y Señor, tiene la oportunidad de *anunciarle con abundante lenguaje no verbal*, mediante la acogida afectuosa, la escucha interesada, la intercomunicación pacífica de problemas, la valoración sincera de las personas y sus esfuerzos, al talante gozoso del encuentro, la *com-pasión* en situaciones dolorosas, la ponderación de valores éticos o religiosos practicados..., en suma, a través de un *trato sencillo y paciente en la realidad de su vida, en lo concreto de su existencia*. El lenguaje o mediación no verbal en los catequistas es un *testimonio de vida*.

Este encuentro interpersonal o grupal puede ser *signo e instrumento de gracia* en dos direcciones. Por una parte, en el sentido de que la calidad humana del trato recibido y dado en la catequesis es tan inusual en el entorno, que *sorprende* a los participantes y los lleva a intuir en ese encuentro la *luminosidad de ese Alguien invisible*, que les rebasa y que quedará designado con la palabra del testigo del Dios vivo y del Jesús resucitado. Por otra parte, en el sentido de que el propio catequista misionero descubra a los presentes que esos *valores vividos*, de los que todos hablan, son ya valores del evangelio de Jesús y de sus amigos, y así les desvele su cercanía y adhesión inconsciente —de ellos— a Cristo, su Salvador. En ambas direcciones, la palabra del testigo habrá sido necesaria para solicitar la respuesta de fe de los participantes. Así se irá preparando en los "alejados" el *encuentro misterioso* con Jesús en la fe.

IV. ALGUNAS ORIENTACIONES PARA DESARROLLAR LA COMUNICACIÓN CATEQUÉTICA SEGÚN LA PEDAGOGÍA DE DIOS

Parece cierto que en la *era de la comunicación múltiple* entre políticos, la *comunicación profunda* está ausente de nuestro mundo. Hablamos de la comunicación en todas las direcciones: entre los padres; entre padres

e hijos y entre hermanos; entre vecinos, profesores y alumnos; entre familias y profesores de los hijos.

Pero quizá lo que puede ser más alarmante es que la comunicación no la cuidemos debidamente en la Iglesia de Jesús. Porque creer, amar, confiar, seguir a, compartir con, estar en comunión, compadecer, ofrecerse... y otros verbos más, pertenecen al corazón mismo de la revelación cristiana e implican dirigirse a, abrirse...¹⁴, *comunicarse*. ¿Cómo podrán conjugarse estos verbos sin una comunicación *lúcida, bien asimilada y ejercida responsablemente*?

En concreto, una catequesis que no *inicie* —que no introduzca y ejercite— a los creyentes a abrirse y a *vivir fraternalmente con los otros*, no será una catequesis cristiana, porque no entierra la semilla del impulso amoroso hacia la convivencia evangélica, el Reino.

De una catequesis narcisista no pueden nacer creyentes comunitarios ni solidarios. En unos catequistas *introvertidos* y *centrípetos* no puede resplandecer el rostro amoroso del Padre ni de Jesús, ni puede intuirse el impulso solidario del Espíritu de "comunión en Cristo" y de entrega liberadora a los hermanos empobrecidos.

He aquí algunas *orientaciones* que pueden favorecer la comunicación catequética hoy, en la línea de la pedagogía divina enriquecida por la *comunicación humana*.

— *Comunicación humana y encuentro con Dios*

Cultivar una buena comunicación humana en el grupo de catequesis es una manera de proporcionar la experiencia de bienestar, alegría, felicidad, amistad, que con frecuencia lleva hasta el *encuentro* interpersonal o grupal. Esta comunicación gozosa da a cada interlocutor la experiencia de *salir de sí al encuentro de los otros*, de *trascenderse* a sí mismo. Tal actitud predispone a salir al encuentro de Aquel otro que, "habita en una luz inaccesible" (1 Tim 6,16), pero filtra su presencia en el grupo por la

¹⁴ El P. A. Fossion, S.I., actual director del Instituto Superior de Catequesis y Pastoral "Lumen Vitae" (Bruselas), ha dedicado su tesis doctoral a investigar sobre "la catequesis en el campo de la comunicación". Para él, la comunicación es el sustrato, la infraestructura dinámica del cristianismo, que arranca de su origen fontal: de la comunicación intratrinitaria. "El cristianismo como gracia de comunicación", así titula él uno de los capítulos de su investigación. Cf. *La catéchèse dans le champ de la communication. Ses enjeux pour l'inculturation de la foi* (Paris, Cerf, 1990) 383-402, y sobre todo las pp. 479-499, dedicadas a las *conclusiones*.

mediación del catequista y de la Palabra de Dios haciendo palpable su promesa: "Donde hay dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20).

– *El estilo de relación y la comunicación catequética*

Los catequistas han de ser conscientes de que, al realizar la comunicación catequética, transmiten el mensaje evangélico no sólo mediante la *palabra* oral y escrita, sino también a través del *estilo de relación* (sentimientos, expresiones corporales, convicción religiosa, tonos de voz, conductas, etc.) que refuerza o debilita el mensaje verbal, según sea o no coherente con ese mensaje cristiano.

Más aún, recordarán que los participantes de todas las edades quedan más impactados en su experiencia de fe, si el mensaje se refuerza con esas experiencias relacionales que lo interiorizan en ellos por la vía afectiva: entonces palabra y vida coinciden en el testigo y hacen más creíble la Buena Noticia.

– *Comunicación mediante relaciones simétricas en la catequesis*

La comunicación resulta más fácil cuando en el grupo predominan las relaciones simétricas o entre iguales. En los grupos educativos, como sucede en la catequesis de todas las edades, el catequista no puede abdicar de su condición de persona adulta y de educador de la fe. Sin embargo, puede favorecer un *dinamismo de relaciones simétricas* según el espíritu del evangelio. En este sentido, deberá asimilar el nuevo concepto conciliar de Iglesia: *comunidad y fraternidad*, donde el mayor es servidor de los demás y trata a todos como hermanos (cf. PO 9; AA 10,25).

– *La comunicación en la catequesis, cruz que lleva a la vida*

Comunicarse lleva al gozo del encuentro, pero con frecuencia presupone pasar antes por el *dolor* de no ser reconocidos, por la *soledad* de no interesar a los demás, por la *tentación de ruptura*... Sin embargo, todo eso lleva a la vida. En efecto, el catequista que está persuadido de que sin encuentro interpersonal o grupal no hay encuentro personal con el Dios Salvador y, menos aún, en la Iglesia, se esfuerza por favorecer una *comunicación positiva* entre los miembros del grupo catequético.

Y llegan los conflictos relacionales. El catequista, además de orar al Espíritu del Señor, propone medios para rehacer los diálogos inacabados, resalta los valores de la comunicación bien lograda, estimula a los miem-

bros menos flexibles, alaba las "miradas nuevas" que van surgiendo.

Con el tiempo y con la mediación del *catequista paciente* y de la *Palabra de Dios*, el grupo toca su propia limitación, su vulnerabilidad, la *cruz* de sus resistencias, y descubre que el *éxito progresivo* de su intercomunicación es una experiencia de *haberse dejado encontrar y guiar* por el Espíritu de Dios vivo y del Resucitado. ¡Aquí resultan claves la *espiritualidad* de! catequista y su *capacidad de crear comunicación*. De ahí le nace su verdadera *mistagogía!*

– *Comunicación humana y comunidades cristianas vivas*

La "nueva evangelización" que necesita nuestra cultura increyente intenta promover unas *comunidades cristianas vivas y dinámicas*, al estilo de la primera comunidad de Jerusalén (cf. Hch 2,42-47; 4,32-37 y 5,12-16), donde "los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo (cf. Hch 4,32). Serán *comunidades-contraste* de fuerte convivencia fraterna en medio de la masa individualista de nuestro tiempo, con características de fermento y de luz. Estas comunidades surgirán de unas *catequesis de jóvenes y adultos*, donde la *comunicación humana* refuerce el encuentro con el Señor, la comunión fraterna, la solidaridad con las víctimas de la injusticia y el encuentro misionero con los alejados e indiferentes.

La comunicación humana, además de ser una necesidad psicológica, es un deseo que suscita el Espíritu para recrear hoy su presencia entre los que son convocados a ser factores de comunión.

– *Comunicación humana y catequesis misionera*

Una *catequesis de talante misionero* necesita dar "signos" de que, en el grupo, las personas son aceptadas como son y como están, de que se cree en ellas, de que se espera de ellas una maduración progresiva... Esta experiencia de sentirse acogidos y queridos es una *condición psicológicamente ineludible para percibirse amados también por el Dios* de la historia de la salvación. Esta catequesis entraña una comunicación de gran calidad humana, que resulta ser "sacramento" del *amor* y de la *llamada* del Dios de Jesús y *respuesta* positiva de las personas. El catequista ha de ser un buen estimulador de la comunicación humana.

– *Catequesis y acompañamiento espiritual*

Al *encuentro humano* fomentado en el grupo catequético como base antropológica y "signo" del encuentro con Dios se ha de añadir el *acom-*

pañamiento espiritual de los catequizandos. Éste es como la *comunicación catequética continuada en cada persona*, con el fin de favorecer la maduración de la fe en fidelidad "al Dios que nos amó primero" (1 Jn 4,19). Jesús *acompañó* en la fe recién nacida a los primeros discípulos: "Venid y lo veréis" (Jn 1,39), y en la fe vacilante a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), hasta provocar el *encuentro con él* en una fe consolidada.

CONCLUSIÓN

Somos conscientes de que la reflexión realizada a lo largo de nuestras Jornadas ha tenido presente la catequesis *preferentemente* como estimuladora de la "fides qua", esto es, de la *respuesta de fe* de los creyentes al Dios Salvador que les sale al encuentro. Ello supone siempre la oferta de la "fides quae" o documentos de la fe que propone la Iglesia en el acto catequético.

Hemos destacado, sin embargo, que la *aceptación* de esta "fides quae" no depende sólo de una *comunicación objetiva de sus verdades*, sino también y especialmente de la *vivenciación de este mensaje* que tengan los catequistas y otros miembros del grupo catequético, expresada en lenguaje verbal y en lenguajes simbólicos no verbales, que entrañan una fuerte carga de experiencia religiosa.

En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el evangelio que no sea la de transmitir al otro la propia experiencia de fe? (EN 46).

BIBLIOGRAFÍA

Además de la ponencia y los resúmenes de los "talleres", véase:

ARRIETA, L., *Común-(icación / unión). La comunidad: mediación de encuentro y compromiso* (Vitoria, Instituto Teológico de Vida Religiosa, 1996).

MARTÍN VELASCO, J., *El encuentro con Dios. Una interpretación personalista de la religión* (Madrid, Cristiandad, 1976).

FOSSION, A., *La catéchèse dans le champ de la communication. Ses enjeux pour l'inculturation de la foi* (Paris, Cerf, 1990).

GONZÁLEZ DORADO, A., *La Buena Noticia. Hacia una evangelización nueva* (Madrid, PPC, 1995).